SABATO: SINTESIS ENTRE LA GEOMETRIA Y LA SELVA

Leer a Sábato es, en cualquier caso, una empresa apasionante. Resulta difícil evitar el intentar condensar en un puñado de frases la impresión primera que un hombre como él (Sábato es más hombre que autor) deja en su lector, y yo, por supuesto, no he sabido oponerme a la tentación de hacerlo. Es por eso que quiero empezar estos folios intentando una introducción a Ernesto Sábato, una introducción dictada por el corazón. Posteriormente intentaré también discutir a Sábato una visión específica que él tiene sobre la mujer en un libro suyo fundamental, pienso, para comprenderle: *Heteredoxias.*

UN AMANTE DEL HOMBRE

Humanista radical, anarquista, nihilista, reaccionario, contradictorio, caótico, disperso, vitalista, agónico, sarcástico, existencialista, grandilocuente, rabioso, apasionado, todos estos y más adjetivos se han vertido desde hace treinta años sobre la obra literaria de un solo hombre, sobre Ernesto Sábato, algo que nos resume una idea fundamental a la hora de enfrentarnos con su personaje y su obra, con su forma privada de exorcisar y con su vida: la idea de que lo que dice Sábato, lo que piensa y lo que escribe, no nos puede dejar nunca indiferentes.

En una entrevista reciente, Sábato afirmaba que la razón no sirve para explicar casi nada, fuera del Teorema de Pitágoras y cosas así. A mí lo que más me ha impresionado siempre de este hombre es su afán, su amor desmesurado por lo irracional, por las fuerzas desmedidas, naturales y antinaturales que nos gobiernan o nos destrozan, y por su encendida defensa de ellas; me maravilla aún más sabiendo lo mucho que Sábato debe a su inicial vocación y preparación científica.

Utópico desalmado, como todos los utópicos que sólo nos dejan entrever una parcelita de su maravillosa irrealidad, ha sabido Sábato grapar en sus obras al hombre concreto, abandonado al caos y raramen-

te salvado siquiera por el amor. Espiritualmente desesperado, llega a la novela, a escribir, por una necesidad de salvarse de sí mismo, y hemos de agradecerle vivamente que esa afanosa necesidad no se haya permutado luego en vocaciones mesiánicas: su literatura expone los problemas, plantea las hipótesis, pero evita ofrecer las soluciones.

Aplastado siempre por el insufrible peso de sus fantasmas, toda la obra de Sábato me recuerda a todas las películas de Luis Buñuel, ambas cosas son un desfile, desde una mirada airada, asustada y compasiva, de espectros viejos y nuevos, anclados desde siempre, desde antes de nacer, en el corazón, y otros recién llegados.

El autor, al escribirlos y describirlos, intenta librarse de ellos, sabiendo incluso de antemano que el intento será perfectamente inútil, por mero espíritu de supervivencia. Llega a parecerme incluso como si Sábato no supiera nunca con certeza quiénes y cómo son los espectros que le nutren, e intentara descubrirlos a la desesperada, entre la fragosidad de sus propias palabras. Así la obra resulta una búsqueda perenne y también un goteo continuo y desolador de prejuicios, miserias y felicidades de las que parece preciso defenderse.

Hasta tal punto llega esta obsesión en Sábato que en *Abaddón, el Exterminador* él mismo se retrata, en algo que es más que un mero intento autobiográfico. Es él, él mismo, su peor y más reconocido fantasma, y allí se desnuda e intenta derrotarse, en medio de un tierno, patético grito.

Y todo este proceso convulsivo, Sábato lo arroja a las cuartillas utilizando un tono así simbólico y desgarrado no obstante, emocionado y esencial, hocicando siempre entre las brumas de lo inteligible. Esta necesidad de hablar así lo es por su honradez a ultranza: Ernesto Sábato pinta al mundo y sus cosas como las ve, escribe sobre los hombres que siente y se remueven en ese mundo y sus cosas. Nada se detiene, nunca, y sus palabras toman impulso y lanzan a los personajes a un vitalismo, a un no-poder-dejar-de-hacer, casi desesperado, torturante, tal vez también gratificante. Un tumulto no obstante que él siempre trata con un puntilloso rigor de maestro de escuela, intentando sintetizar la geometría y la selva.

Amante del hombre, en especial de aquellos que él supone habitantes del «margen de la página», que viene a ser a su juicio la página toda, Sábato aboga, siempre ruidosamente, por una revolución total que sitúe a la especie en una revaloración de su unidad primigenia. Una revolución, como él dice, que no puede ser sino romántica. En ella sitúa los puntos de partida para el futuro de la Humanidad. Absolutamente consciente de que todo esto que vivimos, todo este relleno de catafalcos no conduce más que a la nada o a algo peor que la

nada, Sábato exige que todos nos demos cuenta de que lo más importante, lo primero, lo esencial, es la consideración de nuestra individualidad y del hecho individual de todos los demás. En ello, pienso, sitúa nuestro autor todas sus esperanzas en el hombre.

También Ernesto Sábato ha comprendido como pocos el valor de las palabras, la fuerza del lenguaje. Empeñado en una lucha que acabará cuando se muera con las palabras, tiene el valor de romper casi todo lo que escribe, enamorado de la sencillez, de la simplicidad, no puede no obstante hacer otra cosa que romper a hablar con desmesura. La soledad, Dios, la lengua, la historia, la mujer, el amor... son sus temas, son sus materiales.

Hemos aprendido de Sábato. Supongo que hace falta haber llegado a su edad, a su conocimiento profundo de las cosas, a su profunda humilde sabiduría, a su capacidad de amor por el hombre y por todo lo que este acaricia, para conocer dos verdades, por ejemplo dos verdades, que para él son fundamentales: una, que no se puede negar taxativamente la existencia de Dios, otra, que la Historia es, finalmente, un campo de batalla donde pelean dos viejos conocidos, inevitablemente necesitados de su mutua complementariedad y eternamente enemigos: el Bien y el Mal. ¡Sábato te llega a convencer de la inteligencia del Maniqueísmo!

Termino ya con esta introducción, pero antes quiero tocar, siquiera brevemente, un tema que a Sábato le duele desmesuradamente y que pienso es central en su obra y su vida: la soledad.

Quizá Sábato ha combatido siempre la soledad ahogándola en palabras, ocultándola tras palabras, pero ella, humildemente, rencorosamente, no se deja atrapar ni tapar, y siempre asoma su jeta descolorida en todas las obras de Sábato. Sabe nuestro autor que a esa omnipresente, a la que él ha llamado también subjetividad total, sólo es posible derrotarla con un ataque combinado de tres guerreros: la emoción, el amor y el arte, tres cualidades propias de la mujer pero que también posee el hombre. Así, del amor, forma mágica que él dice. y casi perfecta, de comunicación, nace la huida hacia adelante de la soledad. Se debate Sábato siempre en intentos desesperados para comprender la soledad, para aprehenderla y por último derrotarle. Lo procura todo, sí, Se acerca y rechaza la mujer —el amor—, y dice, citando a Baudelaire, que ella es, al tiempo, pecado e infierno. Siendo Castel, el protagonista de *El túnel*, ese agotado solitario asesina a la que ama para poseerla, comprendiendo demasiado tarde que la muerte del ser amado es el fin de toda posibilidad de recibir amor, ya que para que los sentimientos del hombre se desarrollen es preciso que

estos subsistan en la contemplación directa de quien los provoca, de otro modo no es posible. Empeñado, pues, en la lucha, una y otra vez acecha a su enemiga la soledad, la rodea, se busca métodos para encelarla y traerla a su terreno, la golpea con furia, trata de ignorarla, de pervertirla, de convencerla y todo es inútil, y aunque Sábato sabe que la emoción, el amor y el arte son los medios para derrotarla nunca los emplea a fondo y la soledad renace victoriosa una vez y otra.

Quiero terminar esta muy breve introducción rindiéndome a la tentación de transcribir una frase suya, desalentadora, que podría situarse en la base de todo su pensamiento. Aparece en *Heterodoxia* y dice así: «Somos como esos presos a perpetuidad que construyen barquitos dentro de una botella, o lapiceros de colores.»

LA MUJER EN «HETERODOXIA»

Es *Heterodoxia* un poderoso conjunto de pensamientos escasamente ordenados en algo que parece como la agenda del escritor, donde éste apunta brevemente ideas que se le ocurren, frases, sobre temas que le preocupan, que le satisfacen o que simplemente desea utilizar desarrollándose en otra ocasión. Y no obstante, *Heterodoxia* es, pienso, su libro de ensayo más interesante y en el que mejor se trasluce su personalidad, su pensamiento y su ideología. Trata en él un puñado de temas: la filosofía, la novela, la estética, Dios, la Historia, el lenguaje, el estilo, la creación, el Sistema... sus temas básicos de siempre. Pero trata de una forma especial el tema del hombre y la mujer, más concretamente, el problema de intentar definir algo que él reconoce tan indefinible como es el alma femenina.

Las páginas que vienen ahora son precisamente una discusión abierta sobre la imagen que Sábato tiene de la mujer en *Heterodoxia*. Una imagen con la que personalmente estoy en desacuerdo, un desacuerdo que intentaré expresar guiándome por las opiniones que Sábato expone en su libro.

La igualdad entre los sexos

Comienza el libro con una acusación de Sábato al siglo XIX, aquel siglo cándido según su propia definición, de habernos traído la errónea idea de que el hombre y la mujer son iguales. Esta acusación, así expresada, parece indudablemente machista. Pero el autor va más allá al aclararnos que las diferencias entre el hombre y la mujer, que existen, valorizan a esta última, algo con lo que tengo que estar de acuerdo. De lo que huye fundamentalmente Sábato al decir esto es de

la cosificación sexual, de la antiindividualidad. No hay teoría feminista más radical que la que asegura que el hombre y la mujer no son iguales, que existen más diferencias entre los dos sexos que las biológicas, diferencias que en cualquier caso sólo pueden ser correctamente conocidas y valoradas en toda su amplitud por otras mujeres.

Pero donde yo pienso que yerra Sábato es cuando procede, a lo largo de su libro, a enumerar esas características diferenciales del sexo femenino, características propias de la mujer, y no me vale que Sábato afirme el hecho de que el ser humano posee tanto características femeninas como masculinas cuando afirma también que existen defectos, virtudes y actitudes femeninas, propias de las mujeres, por tanto, mucho menos cuando esas características que él define pesan a la mujer enormemente y desde siempre, pues están basadas en la comodidad del macho, en su necesidad de establecer jerarquías y en su seguridad de ser superior. Además esas características son las que generalmente le son aplicadas a la mujer... por el hombre.

Coexistencia de lo femenino y lo masculino

Dice Sábato: Femenino-Masculino; los dos principios coexisten en el ser humano. Esto es indudablemente cierto. Lo que no lo es tanto es la cura en salud que nuestro autor se hace cuando otorga la posibilidad de que características propias de cada sexo existan también en el otro. Esto no es lo mismo que coexistir. Así vemos que lo que Sábato hace es dotar a la mujer de características propias y al hombre de características igualmente específicas a su sexo, las reúne luego en cada ser humano y afirma después la coexistencia de valores de cada sexo en cada persona. Veamos, pues, cuáles son esas características que nuestro autor adjudica a las mujeres y discutámoslas, si podemos.

El hombre y la mujer no son iguales.

Completamente de acuerdo, no son iguales. Tampoco se puede decir que un sexo sea superior a otro. Ni tampoco que las diferencias se limitan a lo biológico. Pero tampoco se puede afirmar que existen características propias de la mujer radicalmente opuestas a otras propias de los hombres que sitúan a ésta, ya lo veremos, como una especie de ectoplasma viscoso, puro sexo, inamovible y eterno. Eso es peor pienso yo, más peligroso, que afirmar la igualdad entre hombre y mujer.

Los caracteres Hombres y Mujer arquetípicos rigen de alguna manera los caracteres de los hombres y las mujeres reales.

Estoy convencido de que no existen caracteres arquetípicos en el Hombre y la Mujer. Y aun el hecho de que existieran, estos serían

de muy distinto pelaje de lo que supone Sábato. Suponer en el sexo femenino y masculino una serie de condicionantes implícitos que contribuyen a definir sus características como hombres y mujeres reales es bastante masificador, está bastante en desacuerdo con la importancia que Sábato da a la invidualidad.

La mujer no es sólo indiferente a la abstracción, sino que incluso le repugna.

Sábato apuntala su afirmación con el hecho de que no hay apenas en la historia mujeres filósofas. Esto no tiene nada de extraño si tenemos en cuenta que, en comparación con el hombre, apenas hay mujeres médicos, ingenieros, historiadores, pintores, o toreros. La mujer jamás ha tenido en toda la historia de la Humanidad la posibilidad de acceder a la cultura con la facilidad (relativa también, pero infinitamente superior) que el hombre, con lo que el hecho de que no haya en la Historia apenas mujeres filósofas no quiere decir nada. ¿Que la mujer no tiene una actitud positiva hacia la abstracción? De nuevo comprobamos cómo la mujer, obligada a ejecutar un papel pasivo, aferrado a circunstancias concretas (parir, dar de comer a los hijos, la casa, la tierra) difícilmente ha tenido tiempo siquiera de intentar la abstracción. Ahora, que dicen que las cosas van cambiando, comprobamos que la mujer sí tiene una actitud hacia la filosofía, las facultades de letras están llenas de mujeres, mucho más que de hombres.

La mujer es ilógica e irrealista (contrariamente al hombre), pero se adhiere a su insensatez con furia realista y conservadora (...). La mujer va de lo descabellado a la realidad, centrípetamente.

Esta afirmación, además de manida e injusta, ha servido secularmente al hombre para someter a la mujer en base a la inconsciencia de esta última. Puesto que la mujer vive en un mundo de irrealidades (es tan absurda que incluso se aferra desesperadamente a ellas) debe ser el hombre, racional y directo, el que decida, el que gobierne, el que cuente. No se le puede dejar, evidentemente, a la mujer, que acceda a puestos de responsabilidad, pues de inmediato se perderá en las nubes y aplicará medidas ilógicas e irreales a hechos que precisan concreción. Se amarrará a sus errores además. Afirmar esto de la mujer es tan peligroso a mi juicio como asegurar la existencia de clases, castas, etnias o razas que no poseen la suficiente capacidad de juicio como para dirigir.

La mujer se mueve mejor en el mundo de lo concreto, de las ideas impuras, de lo irracional, de lo intuitivo.

Es lo de siempre, la mujer es intuitiva (es tanto como decir que su intuición suple a su inteligencia), instintiva. Como el hombre, que es lógico, pretende aplicar su lógica a un mundo que no lo es, yerra al

intentar resolver los problemas de la vida. La mujer, como es ilógica, acierta en cambio. Pero está claro que ni unos ni otros acertamos nunca, si no la felicidad sería un hecho, y no lo es. La mujer no es más intuitiva, ni más irracional, ni se mueve más en el mundo de las ideas impuras que el hombre, ninguno de los dos posee la suficiente intuición/inteligencia como para acertar a combatir del todo la soledad, la masificación, la injusticia o el desamor. Además no se puede afirmar que la mujer se mueve mejor en el mundo de lo concreto y a la vez es irracional: eso me suena a una simple contradicción.

La mujer confía en lo irracional, en lo mágico, y por eso difícilmente pierde la fe, porque nunca el mundo puede rebelársele más absurdo de lo que a primera vista parece.

Esto, que desde luego es muy hermoso, supone en la mujer un poder que ésta no tiene, un poder que de poseer alguien, éste sólo podría ser Dios, y es el de comprender intuitivamente el mundo. El que la mujer confíe en lo irracional y lo mágico, confianza que está al parecer sobre otras cosas, puede hacernos resbalar peligrosamente hacia la creencia de que esto es así porque la mujer es irracional, y en cualquier caso ésta no confía más en la magia, en los poderes sobrenaturales y en otro plano de lo humano que cualquier hombre.

La mujer es la inventora de casi todas las artes útiles. La industria es esencialmente femenina, pero sólo mientras se mantiene a escala doméstica.

De acuerdo con Sábato en su afirmación primera que él toma de Otis Mason. Ciertamente la mujer es la inventora de casi todas las industrias útiles en su primer estadio, pero no ciertamente porque a la mujer le apasionara especialmente ese trabajo ni porque poseyera unas cualidades especiales para inventar la cerámica, la industria, la ganadería, la medicina, etc., sino porque, no estando físicamente preparada para cazar, como su compañero masculino, y sobre todo viéndose obligada a cuidar a su prole en el hábitat, no tenía más remedio que dedicarse a «inventar». Pero eso nació de esa primaria y elemental forma de división del trabajo, y repito, no porque la mujer, por el hecho de serlo, estuviera predispuesta a descubrir la industria. Visto lo que llevamos visto era lógico suponer que Sábato no permite al sexo femenino ocupar un puesto en la cadena industrial ya desarrollada, y así dice que cuando el comercio y la industria crecen y se abstractan «dejan de ser empresas de mujeres, a no ser que éstas, como sucede en el mundo contemporáneo, tiendan a masculinizarse». Esto es a todas luces injusto. Primero porque existen mujeres empresarios nada masculinizadas en el mundo de la empresa (un ghetto tradicionalmente de hombres), y porque cada vez más mujeres, merced a la mejora de

la igualdad de oportunidades, acceden a ese mundo; si no lo han hecho hasta ahora ha sido por lo de siempre: pura y simple discriminación.

A la mujer, lo que de verdad le apasiona es la conservación de la especie.

Eso es sólo cierto hasta cierto punto. La maternidad es una cuestión de vocación, algo que muchas mujeres no poseen, algo que desde luego no se tiene por el hecho de ser mujer. Conservar la especie, es decir, parir, cada vez es menos objeto primordial de la mujer, cada vez es menos objetivo último, especialmente entre las clases sociales que más posibilidades tienen de acceder a una cultura. Sábato está claro que no conoce, por otra parte, el altísimo grado de abortos que se producen todos los años en el mundo. Ultimamente parece que hay una corriente entre las mujeres (insisto en el hecho de que este fenómeno se produce especialmente en una serie de clases sociales concretas) de tener uno o dos hijos nada más. Si a la mujer le apasionara conservar la especie, todas las familias serían numerosas. Al hombre le apasiona tanto o tan poco como a la mujer conservar la especie, no creo tampoco que en este caso exista una diferencia tan radical entre los dos sexos como imagina Ernesto Sábato.

(...) la característica del hombre es su amor a la cosidad, a las cosas en abstracto. (...). El amor concreto de la mujer a los seres que la rodean se proyecta a las cosas inanimadas que de algún modo están en contacto con ellas.

El hombre no ama las cosas, ama a las personas, igual que la mujer. Amar a las cosas en abstracto es algo inverosímilmente vacío, en cualquier caso se ama a las cosas porque representan valores eternos y dignos de ser amados: la justicia, la libertad, el amor. Pero esta desde luego es una circunstancia que se da por igual en ambos sexos, como también se da por igual el hecho de que se amen las cosas concretas que ama el ser amado. Si la mujer ama la pipa de su marido, el marido, por su amor a su mujer, ama su secador de pelo, y la mujer, por amor a su hombre, ama el vaso en el que bebe. Suponer otra cosa, suponer que la mujer ama concretamente a los seres que la rodean proyectándolos a las cosas inanimadas que están en contacto con ellos dice muy poco de la capacidad de amar y del modo de amar de la mujer, una capacidad inmensa, tan inmensa como la del hombre, o tan desértica como la de éste, según cada individuo.

Cuando se trata de mujeres, buscad al hombre.

Consecuencia a la que llega Sábato después de obsequiarnos con una reflexión de un imbécil llamado Weininger, que sostenía que la mujer no tiene alma. Dice nuestro autor que las opiniones de la mujer son las de su marido o las de su amante, algo que en muchas ocasio-

nes, desgraciadamente yo no puedo negarlo, es cierto. Pero es cierto simplemente porque a la mujer se la ha educado siempre y, desde que comienza a andar, en la superioridad del macho: otorgándole un tipo de juguetes «femeninos», negándole la posibilidad de dedicarse a actividades «masculinas» y preparándola en fin para que ejerza un papel de madre, productora y educanda de hijos y contentadora de su marido/amo. Así es lógico que la mujer, reprimida toda su vida y desde antes de nacer, no sea capaz de opinar distinto que su marido. Pero cuando la mujer vive en un ambiente familiar mínimamente abierto, cuando respira una situación donde la libertad es algo más que una palabra, o simplemente cuando a pesar de todo se hace consciente de su cualidad de ser humano, entonces deja de opinar al igual que su padre, su marido, su hermano o su amante, para opinar como ella misma. Es todo, como siempre, un problema de educación.

Detrás de muchos grandes hombres hubo una mujer.

Dice esto Sábato achacando a Weininger el que, en su libró/insulto sobre la mujer, no recuerde este hecho: detrás de cada hombre hay siempre una gran mujer. Y nos recuerda a las personas de San Agustín, San Francisco, Goethe, Napoleón, entre otros. No se le ocurre a nuestro autor que esas mujeres pudieran ser grandes por sí mismas, sin necesidad de situarse detrás de esos hombres superiores. En cualquier caso me parece a mí mayor el mérito de Santa Mónica, esa mujer de fe prodigiosa, que el de San Agustín, ella debió rezar mucho para influir en la conversión del crápula de su hijo, y él sólo debió dejarse llevar.

La mujer es un objeto sutil y complejo.

El mecanismo de encendido de motor de un carro de combate A-MX30 es también sutil y complejo. La mujer, debo decirlo, no es un objeto, sino una persona; lo de objeto no me vale ni como metáfora ni como leve ironía. No es más sutil que el cerebro de cualquier hombre, aunque no cabe duda de que Einstein debía tener una personalidad más sutil que la de mi portera, también es cierto probablemente que madame Curie era más sofisticada que el vendedor de periódicos de mi calle. Dice que es complejo. Ciertamente lo que es complejo es el ser humano, independientemente de su sexo, pero la mujer no es «tan compleja», eso es subterfugio que se utiliza cuando se trata de justificar actitudes de la mujer incomprensibles para el hombre y, sin embargo, meridianamente claras para ella misma y para otras mujeres.

Citando a Baudelaire: «La mujer es el pecado y el infierno.»

Yo no conozco de verdad la vida amorosa de Baudelaire ni quiero imaginármela. Pero lo que parece claro es que no debió ser un lecho de rosas. La vieja idea judaica de que la mujer es la perdición del

hombre, un ser demoníaco que conduce directamente al hombre —pobre— al infierno y su caldero, se reproduce nítidamente aquí en Baudelaire y en Sábato. Suponer que la mujer es a la vez placer y el castigo del placer es algo digno de ser pergeñado por un reprimido. Tales cosas sólo se perpetran desde el miedo a las consecuencias del amor y de amar. Y seguramente nosotros, para las mujeres reprimidas y acobardadas, también somos pecado e infierno. Una lástima, en cualquier caso.

(...) El artista sería así una combinación de la conciencia y la razón del hombre con la inconsciencia y la intuición de la mujer.

Seguramente el artista es algo más que esa combinación, aunque yo no podría asegurarlo, y desde luego es algo menos. En lo que no estoy de acuerdo es en que sean cualidades masculinas la conciencia y la razón; eso, además de ofrecer una imagen poco digna de nuestro sexo (el hombre también es irreal, espiritual, mágico, irracional, paradójico) presupone que nosotros tenemos usufructuada la razón, con lo cual caemos de nuevo en la injusta acusación que Sábato hace a la mujer de ser no-racional.

Por otro lado, no me parece que la mujer sea ni inconsciente ni más intuitiva o menos que el hombre. A cada cual lo suyo.

(...) Lo romántico es así, lo femenino, lo irracional, lo ondulado y misterioso. Lo clásico es, en cambio, lo masculino, lo racional, lo rectilíneo, lo explicable.

Nos dice Sábato. No sé en base a qué. El presupone que los románticos tenían una vena femenina en su historial que les compulsaba a escribir en romántico, a ejecutar en romántico, a construir en romántico, así como los clásicos lo hacían en clásico. Esa separación es excesivamente simplista a todas luces, no se puede otorgar un sexo a una forma de arte ni se puede desechar taxativamente el movimiento pendular de la Historia. A lo neoclásico sucedió, por reacción, lo romántico. Pero no había allí una cuestión de sexos, sino de actitudes ante la creación y el arte. De cansancio ante una fórmula y la necesidad vital de derivar a nuevas formas de búsqueda. Y volviendo a lo de siempre, no se puede afirmar que lo femenino sea lo irracional/ondulado y misterioso, ni que lo masculino sea lo racional/rectilíneo y explicable. Todo es una cuestión de gustos: ondulado es el Partenón, firmes los poemas de Lord Byron.

Cuando el acto carnal termina para el hombre, para la hembra comienza. En cierto modo la mujer es todo sexo (...) Eros es el principio supremo de la mujer, en el hombre es Logos. La mujer lo «psicologiza» todo, lo vuelve al seno materno, las ideas puras no tienen sentido para la mujer.

Sábato afirma que para la hembra comienza el acto sexual cuando termina el del hombre, porque piensa que el sexo masculino es algo externo a él, que está hacia fuera, mientras que en la mujer es interno. No sé si esto es cierto, aunque me parece que nuestro autor exagera un poco en encontrar similitudes entre el hecho fisiológico de un pene que sale (las más de las veces cuelga), y una concepción del sexo masculino como algo rectilíneo, duro, centrífugo. Yo, francamente, no me atrevería a asegurar que el hombre controle tanto su acto sexual que pueda terminarlo; creo que las más de las veces el hombre tiene perennemente presente el hecho sexual, tanto o más que la mujer. En cuanto a ésta, si es una mujer que piensa que su función esencial no es la de procrear previa gestación (hay muchas mujeres que piensan eso), no veo por qué va a comenzar su función sexual cuando termina la del macho, pueden terminar al mismo tiempo y puede la mujer inmediatamente dedicarse a dominar, a dirigir, a crear, rectilíneamente, hacia fuera; no tiene por qué dedicarse a pensar, acurrucada como un gatito, en cómo se llamará su próximo hijo. Que en la mujer el principio básico sea el amor (Eros) y en el hombre la razón (Logos) es algo que cualquier machista cerril (Sábato, perdón) puede pensar, y algo que está bastante lejos de la verdad. La mujer se mueve a impulsos del amor aproximadamente igual que el hombre, y también sabe ser racional, calculadora e inmensamente fría.

Las virtudes de la mujer son su altruismo por la especie, su capacidad de sacrificio personal por los hijos y los hombres bajo su cuidado. Por eso mismo su mundo es concreto y pequeño, personal y vital. Pero de ahí a las pequeñeces, y lo que es peor, a la pequeñez, hay un paso; y al egoísmo de hormiga, al comadreo, al chismorreo pequeño, a los celos viscerales. El hombre, en cambio también se equivoca, pero al menos se equivoca haciendo una guerra mundial o un sistema filosófico.

Parece como si Sábato, en principio, que una guerra mundial, con una cierta cantidad de millones de muertos, o una teoría filosófica (la superioridad de unas razas sobre otras, por ejemplo), fuera menos peligrosa, más inocua que los chismorreos de unas vecinas sobre otras o los celos de una mujer sobre su marido, o como si esa guerra o esa teoría fueran más nobles (¿por masculinas, quizá?) que el egoísmo de la mujer que todo lo deposita en la caja de ahorros para asegurarse la vejez. Sábato peca de sentido de la proporción en este caso. Pero es que además nuestro autor piensa que la pequeñez, el egoísmo de la hormiga, el comadreo, el chismorreo, los celos, fueran defectos propios de mujeres, cuando varios cientos de miles de hom-

bres los poseen por igual en cada país, barnizados, eso sí, por intereses «superiores», por «motivos de trabajo» o por otros motivos igualmente fútiles.

Nos dice también Sábato cuáles son las virtudes de la mujer. Tema peliagudo ése, tema en el que no me atrevería a meterme. No obstante, decir que la principal virtud de la mujer es su capacidad de sacrificio por su prole y su marido es decir lo de siempre. La mujer puede optar, así sea, por otros sacrificios, y el hombre, ojalá, también puede optar por ése.

En la mujer se entra, todo converge hacia ella, hacia su misterioso interior pasivo y terrestre. En condiciones normales, el tiempo vivo de la mujer tendría que estar ocupado por el sexo y sus consecuencias. El hombre se trasciende conscientemente, mientras que la mujer se encierra en su inmanencia.

Sábato se empeña en descubrirnos el hecho de que el hombre, en todas sus acciones vitales, tiende hacia fuera, trata de ir más allá de sí mismo, de trascenderse. Desde un punto de vista intelectual esto podría parecer cierto, pero desde un punto de vista social parece claro que el hombre, el macho, es un ser (coaccionado por circunstancias externas a él, quizá), que tiende a la masificación, a ocultar su individualidad o a derretirla en la alienación. A la mujer le pasa otro tanto, contando además con el *handicap* de su sexo, que le resta posibilidades de intentar salir. Sábato asocia una y otra vez a la mujer con el hecho místico de Gea, la Tierra, productora de hijos, seno que recibe la simiente, etc. Pero obviar a la mujer a ese exclusivo papel (de puro sexo, de ser pasivo) es horroroso para ella, ya que lo único que tal papel le dona es estar esclavizada.

El hombre tiende al dinamismo, la mujer al estatismo. La mujer es espacial, el hombre temporal.

¿Qué oscuro miedo nos sacudirá a nosotros, los hombres, cuando tratamos por todos los medios de evitar que la mujer se mueva? ¿Miedo tal vez a perder el papel preponderante? El suponer que el sexo femenino es, de *per se,* estático, espacial, supone también admitir que el sexo masculino (que es, según Sábato, todo lo contrario, es decir, dinámico y temporal), que el sexo-que-actúa está por encima, tiene más posibilidades de desarrollarse y de dominar, supera al sexo-que-permanece. Y decir esto es peligroso. No hay ningún arquetipo de mujer que suponga en ésta la inmovilidad, y la imagen «seno de la tierra», «ser que contiene», no pasa de ser una simbología freudiana. La mujer puede tener, individual y colectivamente considerada, la misma mente «acerada» que el hombre, su misma capacidad de

entusiasmo, su misma fe en el futuro y su misma necesidad de que las cosas cambien, vayan hacia adelante, por tanto.

La mujer encuentra la inmortalidad en su hijo, que es la prolongación de su cuerpo y de su alma, y por eso el sexo tiene para la mujer una trascendencia metafísica que no tiene para el hombre.

Es más habitual, lo creo intuitivamente aunque no creo que se pueda demostrar científicamente, pero tampoco lo contrario, que es el padre el que ve en su hijo sobre todo si éste es varón, una prolongación de sí mismo, y pone en su hijo las esperanzas de que sea lo que él no pudo ser. Además, el hombre no religioso, el que no cree en una vida después de ésta, debe situar aún con más claridad esa necesidad íntima de inmortalidad en sus obras, una de las cuales pueden ser sus hijos. Esto puede darse igual en la madre. Pero, en cualquier caso, afirmar de nuevo que la mujer es ser, casi decir que la mujer es algo porque se trasciende en sus hijos es de nuevo reducir ese sexo al hecho de la maternidad, cuando las mujeres mínimamente concienciadas están cansadas de pregonar que la maternidad es una más, importante pero una más, de sus posibles actividades. Es una invocación que Sábato ignora en su definición de lo que es la mujer.

La mujer, subyugada durante varios siglos, humillada, postergada, resentida, se ha querido sublevar mediante los movimientos feministas, sin advertir que de ese modo hacía una concesión más, siniestra y paradójica, a esta civilización de machos. Porque, ¿qué es el feminismo sino masculinismo?

Sábato no es tan ingenuo, evidentemente, como para no ser consciente de la existencia de esa postergación secular. Pero afirmar que el feminismo, que es, junto al movimiento ecologista, uno de los modos revolucionarios más puros, más auténticos y vitales del mundo moderno, no es sino una concesión a la civilización machista, es pienso yo, de una triste miopía. El feminismo ha hecho más por la liberación de la mujer que ninguna otra cosa en toda la historia de la humanidad, y ya sólo por eso es sumamente respetable. Pero además, el feminismo es educativo, una forma no-violenta (salvo en casos sumamente radicalizados) de convencer, primero a las mujeres más alienadas en su papel (las que prefiere Sábato), y luego a los hombres, que las mujeres también son seres humanos, algo que ha estado en duda, seriamente en duda, durante diecinueve siglos. Podría seguir enumerando virtudes de ese movimiento hasta cansar al lector, e incluso podría enumerar algunos defectos, pero creo que con lo ya dicho es suficiente para demostrar que Sábato ha incurrido en el slásico tópico del feminismo como una forma de liberación con efecto

boomerang y en el aún más tópico de suponer a las feministas machistas.

En el matrimonio medieval, la mujer era la sierva del hombre, pero en realidad el centro del mundo. En el matrimonio contemporáneo, la mujer, bajo las apariencias de su liberación, está verdaderamente esclavizada a la condición viril. La civilización moderna masculiniza a la mujer (...) falsificando la esencia de su ser.

Ser el centro del mundo en la Edad Media es un concepto que no comprendo, aunque Sábato se refiere aquí una vez más al hecho de colocar a la mujer en un casillero donde ésta cumplía fielmente sus roles tradicionales. Como actualmente ésta comienza a desechar aquellos papeles y a adjudicarse otros nuevos (y no por influjo de una forma nueva de sociedad, sino por una paulatina concienciación de la mujer), ya Sábato imagina una masculinización de la mujer, como si ésta se apropiara de funciones tradicionalmente masculinas (que es lo que hace entre otras cosas, y añadiré que hace muy bien). En esa virilización moderna de la mujer a la que se refiere Sábato, nuestro autor sitúa el origen de diversos males apocalípticos: falsificación de la esencia del ser de la mujer, desequilibrio de la vida erótica, neurosis colectiva, crisis del matrimonio. No hace falta seguir, cualquier lector puede sacar las conclusiones, que son evidentes.

Termino ya esta breve crítica a la visión sabatiana de la mujer en su libro *Heterodoxia*. Es una visión que, más o menos aguachirlada, se observa a lo largo de toda la producción de nuestro autor, y es una visión dicididamente machista, un tanto estrecha y tradicional, y, como hemos visto, muy tópica, nada heterodoxa. Sábato cree que el sexo femenino, al que aún concede el privilegio de que varias de sus características pueda poseerlas el hombre (los románticos, hombres, eran seres muy femeninos según su propia definición, si no no podrían haber sido románticos). Toda esta amalgama de atributos que Ernesto Sábato concede a la mujer son los que de siempre el hombre, creído de su condición de sexo superior, le ha concedido, desde el comienzo de la historia: la mujer es ilógica, irrealista, conservadora, irracional, intuitiva, maternal, sexo, estática, señora del mundo a través o detrás del hombre... toda una definición, en fin, que sirve para que el macho mantenga su situación privilegiada y, en el caso de la última aseveración, para curarse su mala conciencia.

ARMANDO SOTO DE OZAETA

Maudes, núm. 8, 4.º izqda.
MADRID-3